



www.loqueleo.santillana.com

Stuart Little

Publicado con autorización de Harper & Row Publishers, Inc New York, USA

© Del texto: 1945, E.B. White

© De las ilustraciones: 1973, Garth Williams

© De la ilustración de cubierta: Fernando Vicente

© De la traducción: Héctor Silva Miguez

© De esta edición:

2015, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.santillana.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-454-5

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín Ltda

Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: noviembre de 2013

Primera edición en Loqueleo Colombia: octubre de 2015

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

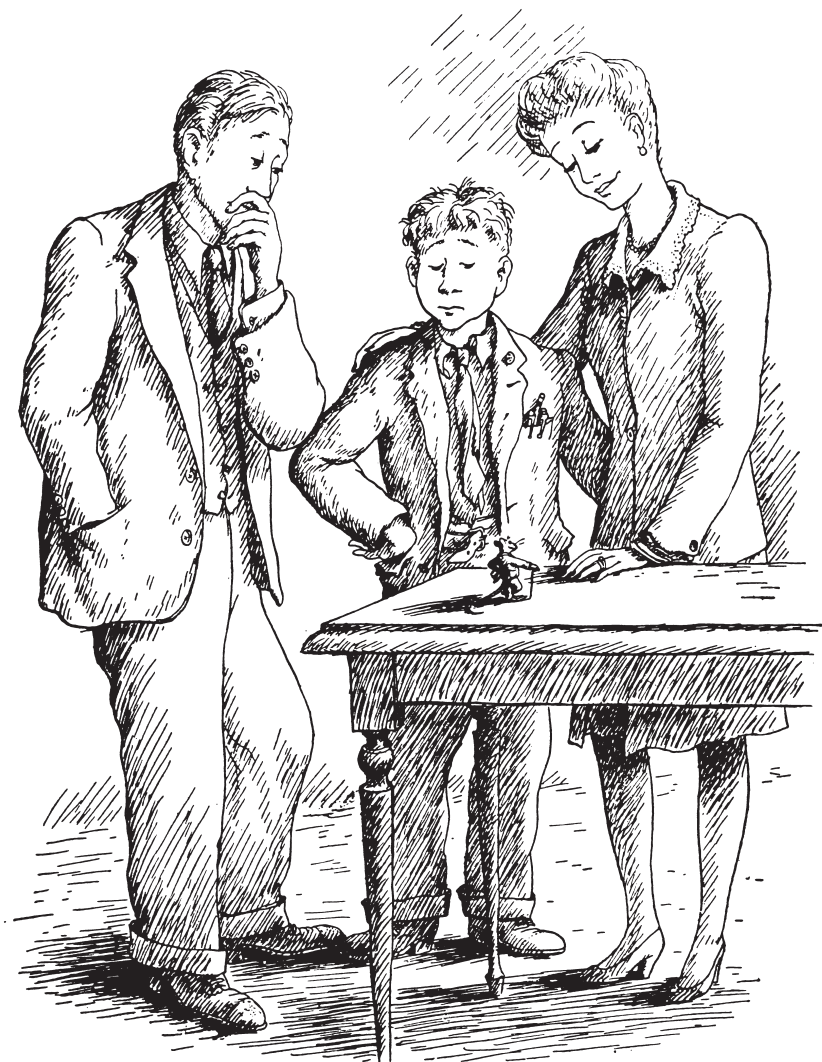
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Stuart Little

E.B. White



loqueleg



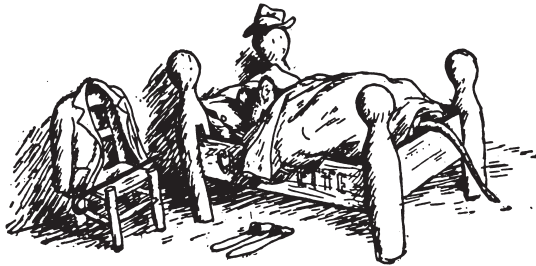
En el sumidero

Cuando la señora de Frederick C. Little tuvo su segundo hijo, todo el mundo notó que su tamaño no excedía en mucho al de un ratón. La verdad es que el bebé se parecía a un ratón en todos los aspectos. No medía más de un par de pulgadas; tenía el aguzado hocico, la cola y los bigotes de un ratón, así como su aire agradable y recatado. A los pocos días de nacer, no sólo tenía el aspecto de un ratón, sino que además actuaba como tal, provisto de un sombrero gris y portando un bastón pequeño. Los Little le pusieron de nombre Stuart, y el señor Little le construyó un diminuto lecho utilizando una cajetilla de cigarrillos y cuatro pinzas de ropa.

7



A diferencia de la mayoría de los bebés, Stuart nació sabiendo andar. Cuando tenía una semana podía encaramarse a una lámpara trepando por el cable. La señora Little comprobó enseguida que las prendas que había preparado para el niño eran inadecuadas, y poniéndose a la tarea



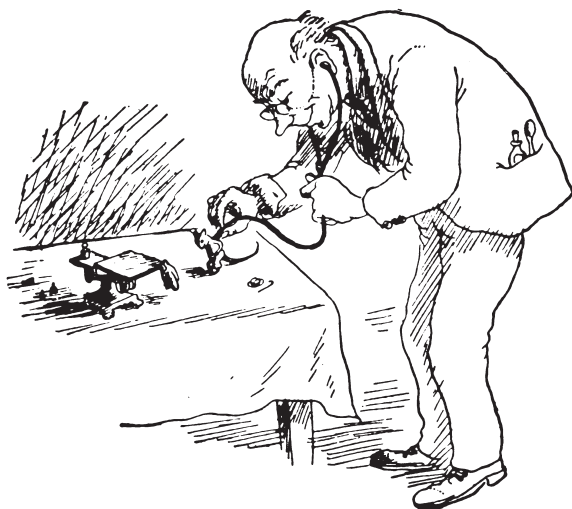
le hizo un traje de tela recia con bolsillos sobrepuestos en los que él pudiera llevar el pañuelo, el dinero y las llaves. Cada mañana, antes de que Stuart se vistiera, la señora Little entraba en su cuarto y lo pesaba en una pequeña balanza de las utilizadas para pesar cartas. Al nacer, Stuart podría haber sido despachado con franqueo de primera clase por tres centavos, pero sus padres prefirieron quedarse con él; y un mes después, cuando su peso había ganado sólo un tercio de onza, su madre se sintió tan preocupada que mandó llamar al médico.

9

El doctor quedó encantado con Stuart y dijo que tener un ratón era algo sumamente insólito en una familia norteamericana. Le tomó la temperatura y encontró que era de 37°, lo cual es normal en un ratón. Le auscultó asimismo el pecho y la espalda, y le examinó solemnemente el interior de las orejas con una linterna. (No cualquier médico es capaz de examinarle a un ratón el interior de la oreja sin reírse). Pareció encontrar todo en orden, y la señora Little se alegró de recibir tan buen dictamen.

—¡Denle bastante de comer! —dijo alegremente el doctor al salir.

El hogar de la familia Little estaba en un sitio agradable, próximo a un parque, en la ciudad de Nueva York. Por la mañana el sol entraba a raudales por las ventanas que daban al este, y los Little, por regla general, se levantaban temprano. Stuart era una gran ayuda para sus padres y su hermano mayor, George, debido a su reducida talla y a que podía hacer las cosas que hace un ratón y ser agradable al hacerlas. Un día



mientras limpiaba la bañera, después de que el señor Little tomara un baño, a la señora Little se le escurrió un anillo del dedo y horrorizada descubrió que había desaparecido en el sumidero.

—¿Y ahora qué hago? —gemía, tratando de retener las lágrimas.

—Yo en tu lugar doblaría una horquilla para formar un anzuelo y, atándola a un trozo de hilo, intentaría pescar el anillo —dijo George. De modo que la señora Little buscó una horquilla y un trozo de hilo y estuvo media hora tratando de pescar el anillo, pero el interior del sumidero estaba oscuro y el anzuelo parecía engancharse siempre en algo antes de que ella consiguiera hacerlo bajar hasta donde se encontraba el anillo.

11

—¿Has tenido suerte? —inquirió el señor Little, entrando al cuarto de baño.

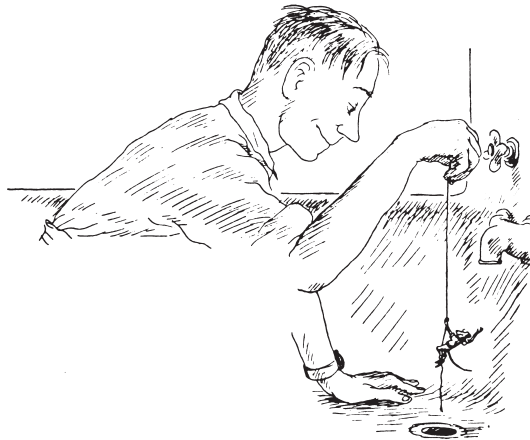
—Ninguna —dijo la señora Little—. El anillo está tan lejos ahí abajo que no puedo pescarlo.

—¿Por qué no enviamos a Stuart por él? —sugirió el señor Little—. ¿Qué dices, Stuart, querías intentarlo?

—Desde luego —replicó Stuart—, pero creo que será mejor que me ponga los pantalones viejos. Imagino que ahí abajo debe estar húmedo.

—Simple humedad —dijo George que estaba ligeramente fastidiado porque su idea del anzuelo no hubiera funcionado. Así que Stuart se puso sus pantalones viejos y se dispuso a bajar en busca del anillo. Resolvió llevar el hilo consigo, dejando un extremo a cargo de su padre.

12



—Cuando tire tres veces del hilo me subes —dijo. Y mientras el señor Little se arrodillaba en la bañera, él se deslizó sin dificultad por el sumidero y se perdió de vista. Cosa de un minu-

to después, hubo tres rápidos tirones del hilo y el señor Little lo recogió con cuidado. Al otro extremo apareció Stuart, con el anillo a salvo alrededor del cuello.

—¡Oh, mi valeroso hijito! —exclamó orgullosa la señora Little, tras besarle con agradecimiento.

—¿Qué tal estaba allí abajo? —preguntó el señor Little, siempre curioso de saber acerca de los lugares en los que nunca había estado.

—Estaba bien —dijo Stuart.

Pero la verdad era que el sumidero lo había cubierto de cieno, y necesitó darse un baño y rociarse con un poco del agua de violetas de su madre antes de volver a sentirse a gusto. Toda la familia consideró que su comportamiento había sido estupendo.



